



## ECONOMÍA

### MILTON FRIEDMAN, UN EFICAZ DEFENSOR DE LA LIBERTAD

**Manuel Jesús González.** De la Real Academia de la Historia.  
Catedrático de Economía, Universidad Complutense de Madrid



FOTO: GETTYIMAGES

Buena parte del gran público no especialista sólo conoce a Milton Friedman como el “reaccionario economista de Chicago que defendía posturas de extrema derecha”. Al igual que tantas otras opiniones generales, esta apreciación es falsa. Salvo que se considere reaccionaria la defensa enérgica del orden económico de libre mercado. Friedman fue un defensor muy eficaz de la libertad. De la económica y de las demás. No ofreció sus teorías para apuntalar dictadura alguna como hizo John Maynard Keynes en el prólogo a la segunda edición alemana de la *Teoría general*. No viajó a Chile para suministrar consejo ni apoyo a la dictadura chilena. Fue a impartir unas conferencias invitado por una institución privada. También viajó a España, durante la dictadura de Franco, para participar en un seminario de economía, en 1970, en Cataluña. Allí se vio a un futuro ministro de Felipe González departiendo animoso en los debates; también se pudo ver a algún que otro miembro del PSUC, sin que nadie le preguntara a Milton: ¿qué hace un liberal como usted en una dictadura como ésta?

Fue entonces cuando tuve la oportunidad de conocerle. Viajó a la China comunista, a la India y a muchos otros países suministrando consejos para encaminar hacia la economía de mercado sistemas despóticos de orientación izquierdista sin el menor reproche –hasta ahora– de sus defensores occidentales.

Fue durante los decenios de 1950 y 1970 cuando tuvo lugar la empeñada polémica entre monetaristas y keynesianos. El jefe de filas del monetarismo era Milton Friedman, pero no estaba solo; figuras relevantes como Kart Brunner y Alan Metzler cubrían muchos de sus flancos. Como suele suceder, al principio, las nuevas ideas suscitaban en los ambientes acomodaticios más burlas que respeto intelectual. Los monetaristas se declaraban sin embargo herederos de gigantes de tanta talla como Hume, Locke, Mill y Ricardo, además de Marshall y Adam Smith. Pero la suya fue una batalla de desgaste; estudios teóricos y empíricos, amén de numerosos trabajos de divulgación, llegaron a cambiar la opinión de muchos economistas convirtiéndola en favorable a sus ideas. Finalmente, el Congreso de los EE.UU. pidió al Banco de la Reserva Federal que considerase detenidamente el cañamazo de las ideas monetaristas. Fue así como, tiempo mediante, el presidente de la Junta de la Reserva Federal se inclinó a favor de los argumentos monetaristas.

### **“Friedman fue un defensor muy eficaz de la libertad. De la económica y de las demás”**

Quizás por eso, aunque básicamente por sus publicaciones técnicas, los economistas conocen a Milton Friedman como adalid del monetarismo, la doctrina de que “el dinero importa”. La almendra del punto de vista monetarista es, en efecto, que los cambios en la cantidad de dinero, a corto plazo, pueden afectar al nivel de producción y al nivel de precios, pero a largo plazo sólo afectan al nivel de precios. Tal es la proposición conocida como neutralidad del dinero. Tanto el modelo keynesiano elemental como alguna de sus versiones más elaboradas no incorporaban directamente el fenómeno de la inflación. De tan insatisfactorio tratamiento de los precios resurgió la nueva teoría cuantitativa. La vieja teoría cuantitativa de los precios, cuyo alumbramiento y primeros pasos tuvo lugar en Castilla en el siglo XVI, había sufrido el duro ataque de Keynes, quien la acusaba de basarse en componentes más inestables que un equilibrista.

La teoría cuantitativa remozada por Friedman está centrada en la denominada ecuación de cambio, leída como una teoría de la demanda de dinero. En lugar de limitarse a la conexión mecánica de la cantidad de dinero (M) con los precios (P), a través de la velocidad de circulación del dinero (V) –número medio anual de veces que un euro cambia de mano para comprar bienes y servicios finales– y

la renta monetaria (el valor de la producción real (Y) expresado en dinero: PY), Friedman optó por redefinir la demanda de dinero (inverso de la velocidad).

**“Los economistas conocen a Milton Friedman como adalid del monetarismo, la doctrina de que ‘el dinero importa’”**

La pregunta fundamental de la teoría de la demanda de dinero es: ¿por qué el público acumula dinero si no es un activo productor de renta como los bienes productivos o los activos financieros que producen interés? Friedman encontró una respuesta brillante al enfocar la demanda de dinero con el mismo esquema analítico que se aplica para analizar la elección del consumidor. El consumidor mantendrá su riqueza en diversas formas; los servicios que le presta cada forma de riqueza han de generarle, en el margen, la misma utilidad adicional para no inducirle a cambiar dinero por otras formas de riqueza y viceversa. La demanda de dinero, es decir, la cantidad de dinero retenida por el público –en términos reales– depende de un manojo de variables que sólo cambian lentamente en el tiempo. Es más, si tales determinantes de la demanda de dinero (PNB real, nivel de precios, expectativas sobre inflación, rendimientos esperados de acciones, obligaciones y dinero, de la renta permanente, de la *ratio* riqueza humana/riqueza no humana y de los gustos) no cambian de forma súbita y violenta, tampoco lo hace dicha demanda, ni su inversa, la velocidad. Friedman y los suyos presentaron numerosas pruebas empíricas para corroborar esta hipótesis. En definitiva: dado un comportamiento sistemático y predecible de la velocidad de circulación del dinero, todo incremento en la cantidad de dinero, *a largo plazo*, afecta únicamente al nivel de precios. En el corto plazo, variaciones en la cantidad de dinero tienen efectos sobre la producción y el empleo reales, pero con retrasos muy variables, y en todo caso, tales efectos no son duraderos.

**“La pregunta fundamental de la teoría de la demanda de dinero es: ¿por qué el público acumula dinero si no es un activo productor de renta como los bienes productivos o los activos financieros que producen interés?”**

En otras palabras: el dinero, a la larga, es neutral respecto a los posibles cambios en la renta real y el empleo. Keynes desdeñaba, sin embargo, el largo plazo. Friedman tendía a subrayar que los aparentes beneficios de la manipulación del dinero a corto plazo estaban destinados a tener corta vida. Los retrasos eran impredecibles y podían alargar una depresión, o inducir un exceso de reanimación cuando la recuperación ya estaba en marcha sin que las autoridades la hubiesen detectado. Fue así como, en 1956, en una serie de *Estudios sobre la cantidad de dinero*, Milton plantó cara al análisis keynesiano mostrando la es-

tabilidad del sector privado que implicaba estabilidad de la velocidad y del consumo a largo plazo –y que Keynes negaba–, defendiendo, de paso, la teoría cuantitativa de los precios del demoledor ataque keynesiano. Esta conclusión “friedmanita” suponía un ejercicio de humildad intelectual ante la fatal arrogancia del genio keynesiano. Sólo podíamos conocer con alguna seguridad los efectos de las variaciones en la cantidad de dinero a largo plazo. A corto, el efecto de los ajustes monetarios es mucho más incierto; sobre ellos inciden factores tales como las expectativas del público y sus estados de confianza de los que apenas sabemos nada. Por eso pensó que, a efectos prácticos, dada nuestra ignorancia, lo menos malo podría ser mantener una tasa de crecimiento monetario suave y constante asegurando precios estables a largo plazo. Y, lo que no es trivial, evitaría, además, oscilaciones indeseables en la producción y el empleo producidas por las variaciones en la tasa de crecimiento monetario.

**“En el corto plazo, variaciones en la cantidad de dinero tienen efectos sobre la producción y el empleo reales, pero con retrasos muy variables, y en todo caso, tales efectos no son duraderos. En otras palabras: el dinero, a la larga, es neutral respecto a los posibles cambios en la renta real y el empleo”**

Quiso Milton poner a prueba su teoría. Friedman, que había empezado como estadístico matemático, era partidario de hacer de la Economía una disciplina científica. Por ello emprendió el monumental trabajo de contrastar en el laboratorio de la Historia su propia teoría. Con Ana Schwartz escribió, en 1963, la impresionante *Historia monetaria de los Estados Unidos 1867-1960*. Un hito en toda regla. El cuidado y diseño de las pruebas empíricas que destilaba la *Historia* revelaban una potente e imaginativa capacidad creadora. No sólo pudo corroborar las conclusiones de su teoría monetaria; además, brindaba sustento a sus recomendaciones de política monetaria –*primun non nocere*– de no dañar a corto plazo, por ignorancia, o por urgiditas necesidades del poder, y brindar expectativas estables ofreciendo un escenario monetario fiable para que empresarios y consumidores tengan alguna seguridad sobre la que basar sus propios planes.

**“Friedman, que había empezado como estadístico matemático, era partidario de hacer de la Economía una disciplina científica”**

Entre los hallazgos más llamativos de la *Historia monetaria* está el descubrimiento de un fracaso del Banco de la Reserva Federal en la Gran Depresión; durante este episodio, el Banco redujo en una tercera parte la oferta monetaria. La crisis de 1929 no se debió pues, como preconizaba Keynes, a un fracaso

del gobierno, incapaz de compensar el derrumbe de la demanda global con mayor gasto público, sino a un fracaso de la Reserva Federal que transformó en depresión profunda lo que no habría pasado de recesión rutinaria. El descubrimiento ilustra la importancia del dinero. Muchos episodios del siglo XIX mostraban que detrás de cada recesión severa, o de cada inflación aguda, aleteaba un mal manejo del dinero.

**“Muchos episodios del siglo XIX mostraban que detrás de cada recesión severa, o de cada inflación aguda, aleteaba un mal manejo del dinero”**

La idea de una regla fija, un crecimiento constante del 3, el 4 o el 5 por ciento de crecimiento monetario anual, no fue aceptada. Incluso aunque la velocidad de circulación del dinero obedezca a la teoría de Friedman manteniéndose estable a largo plazo, sin duda presentará a corto plazo desviaciones de la tendencia. Varios meses de desviación de la tendencia, estable a largo plazo, pueden hacer que la economía se desplome. Aunque no por mucho tiempo, muchos puestos de trabajo dependerán de la conducta compensatoria del banco central del país. El problema es que se necesita tiempo para detectar las variaciones de la velocidad de circulación del dinero, pero las autoridades no saben cuánto. Además, las medidas que adopte también requieren tiempo para que surtan efecto. El reconocimiento de los retardos, tanto en el conocimiento de la fluctuación como en el efecto, es incierto, y parece que le resulta difícil a la autoridad monetaria saber qué es lo que ha de hacer.

**“Prácticamente todos los bancos centrales de las economías avanzadas han adoptado la práctica de ceñirse al objetivo de una tasa moderada de crecimiento monetario como antídoto contra la inflación”**

Aunque no todo el mundo coincide en las enseñanzas del monetarismo, lo cierto es que a finales de los años 70 se cambiaron las tornas y prácticamente todos los bancos centrales de las economías avanzadas han adoptado la práctica de ceñirse al objetivo de una tasa moderada de crecimiento monetario como antídoto contra la inflación. El “ajuste fino” practicado por los bancos centrales en los keynesianos años cincuenta y sesenta ha perdido su aureola de prestigio. Quizás no ha desaparecido del todo, pero se reserva para ocasiones especiales. Las tensiones inflacionarias de los años setenta y la tenaz provocación de Milton contribuyeron decisivamente a cambiar el clima, en los centros académicos, en los despachos de los asesores económicos de los gobiernos y, sobre todo, en los de las autoridades monetarias.



Esto, por cuanto hace a su vuelo teórico para resolver problemas relevantes en las sociedades aquejadas de la enfermedad inflacionaria. Pero quizás el trabajo cumbre de Milton, el de más alta valía científica, fue su obra *Una teoría de la función de consumo*, dada a la estampa en la temprana fecha de 1957. La hipótesis central, como todas las suyas, no podía ser más sencilla: el gasto del consumidor está gobernado por su renta permanente, y no se verá notablemente afectado por ganancias transitorias. Un enjambre de pruebas empíricas diseñó Milton para corroborar la teoría. Aquí, en un alarde de popperianismo, trató afanosamente de encontrar las evidencias estadísticas capaces de refutar su hipótesis. La honestidad científica, la robustez de los contrastes a los que sometió su propia teoría, la tersa deducción de las más complejas implicaciones de la misma, suscitaron un coro de alabanzas como modelo de buen hacer científico. La prueba del algodón de una buena teoría no era para Milton el realismo de los supuestos, sino su capacidad de generar predicciones exitosas. No tardaron en llegar. Durante el bienio 1966-1968, el presidente Johnson trató de enfriar la economía americana con recetas keynesianas, fundamentalmente con un aumento temporal de la presión fiscal. En 1968, su gobierno, temiendo que los gastos de la Guerra de Vietnam y el avance de los gastos de seguridad social redundaran en déficit presupuestario e inflación, hizo aprobar por el Congreso una elevación de impuestos para atemperar la marcha de la economía. Por su parte, los consumidores respondieron a tal medida, no contrayendo el gasto, sino “desahorrando”, tirando de sus ahorros pasados, para mantener sus niveles de consumo adaptados a sus niveles de renta permanente. Como se desprendía de la hipótesis de Friedman, el gobierno no consiguió su objetivo; aunque, ciertamente, muchos gobiernos no abandonaron de repente la sugestiva idea de cambiar paro por inflación.

**“La prueba del algodón de una buena teoría no era para Milton el realismo de los supuestos, sino su capacidad de generar predicciones exitosas”**

De nuevo nuestro provocador economista bajó a la arena y demostró que tal ilusión –ilustrada por la llamada curva de Philips– sólo era alcanzable a corto plazo. Las atractivas políticas gubernamentales de obtener niveles de paro por debajo de su “tasa natural” acudiendo a recetas monetarias y fiscales expansivas sólo obtendría efímeras victorias a corto plazo por lo que hace al volumen de empleo. Pero, generaban un efecto secundario, más dañino si cabe: la inflación se aceleraba persistentemente. Los objetivos de los gobiernos apuntaban tan sólo a variables reales –bajo nivel de paro, y alto nivel de producción– pero el resultado a largo plazo del fármaco prescrito era más paro y más inflación. Friedman fue uno de los pocos que explicó, clara y convincentemente, el fenómeno de la estanflación que ensombrecía las economías occidentales en las décadas de los setenta y ochenta, ¡y las explicaciones

keynesianas del paro! Un desplazamiento a largo plazo de la curva de Philips a corto explicaba el crecimiento conjunto de ambos fenómenos, y el consiguiente retorno del paro a su tasa natural, a menos que se produjeran reformas estructurales flexibilizando la economía.

**“Friedman fue uno de los pocos que explicó, clara y convincentemente, el fenómeno de la estanflación que ensombrecía las economías occidentales en las décadas de los setenta y ochenta”**

Si algo pone de relieve la potencia y fertilidad de la mente de este inmigrante, de modestos recursos, enorme capacidad analítica y asombrosa vivacidad polémica, era su gran capacidad para utilizar la caja de herramientas de la economía en los casos concretos. Desde el problema de la vivienda a los de los aranceles o la crisis del petróleo, la fertilísima mente de Friedman brilló años y años en sus columnas del *Newsweek*, en su deliciosa obra escrita con su mujer, *Libertad de elegir* o en la posterior *Tiranía del statu quo*. Escritos todos de divulgación que ponían de manifiesto la enorme potencia del sistema de precios para explicar y hallar soluciones a los más graves problemas económicos de las sociedades occidentales. Muchos eran los economistas conocedores del funcionamiento básico, de las propiedades asignativas del sistema de precios. Pero pocos como él alcanzaron la maravillosa habilidad de introducir las herramientas analíticas del economista en la estrecha caja del mundo real para dar cuenta de sus disfunciones y remedios.

**“La superioridad moral de las sociedades libres, frente a los sistemas despóticos, es para Milton, como para Hayek o para Adam Smith, un presupuesto indiscutible”**

Finalmente, no es de menor importancia el que una mente tan poderosa se haya alineado en la defensa el orden liberal. Bien puede decirse que Friedman figura entre los más descollantes defensores de la libertad en el más amplio sentido de la palabra. Desde su obra pionera *Capitalismo y Libertad*, hasta sus trabajos más técnicos, todos están enmarcados en unas coordenadas donde el imperio de la ley, la defensa de la libertad individual, el Estado de Derecho y los derechos de propiedad dotan de contenido el arreglo social de mercado y libertad que Milton defiende vigorosamente. Como en el caso de Hayek, el otro gran campeón de la libertad, la defensa de un orden liberal no sólo es una cuestión técnica, que también; es además un deber moral. La superioridad moral de las sociedades libres, frente a los sistemas despóticos, es para Milton, como para Hayek o para Adam Smith, un presupuesto indiscutible.

Thomas Sowell  
*La discriminación  
positiva en el mundo*



**LA DISCRIMINACIÓN  
POSITIVA EN EL MUNDO**

Thomas Sowell

Precio: 22 €  
ISBN: 84-934658-8-7  
Páginas: 296

Con frecuencia, las polémicas sobre la discriminación positiva son meramente teóricas. Esta obra, sin embargo, ofrece un estudio empírico, pues se centra en el análisis de los logros reales de su aplicación en diversos países. Thomas Sowell, toda una autoridad en este campo, presenta una visión nueva sobre la discriminación positiva en la que analiza sus consecuencias reales en Estados Unidos y otros países en los que se ha aplicado. Tras valorar los datos empíricos, el autor llega a la conclusión de que este tipo de programas no han cumplido con las expectativas y que, con frecuencia, han tenido resultados opuestos a las intenciones originales.

Martín Alonso

*Doce de septiembre  
La guerra civil occidental*

Prólogo de Álvaro Vargas-Llosa



**DOCE DE SEPTIEMBRE  
LA GUERRA CIVIL OCCIDENTAL**

Martín Alonso

Prólogo de Álvaro Vargas-Llosa

Precio: 21 €  
ISBN: 84-96729-00-1  
Páginas: 232

Desde los ataques del 11-S, las irreconciliables percepciones sobre EE.UU., nuestra historia e identidad, llevan al autor a hablar de la existencia de una 'guerra civil' occidental. De su desenlace depende la preservación de nuestra cultura y nuestra libertad. Martín Alonso deja abiertos los desenlaces de esa "guerra". Álvaro Vargas Llosa, en el prólogo, afirma que los partidarios de la libertad la volveremos a ganar como ganamos al nazismo y al comunismo. Doce de septiembre es una crónica moral, emocional e intelectual que muestra el equipaje que ya nunca más podremos llevar.

**Disponibles en librerías y en [www.gotaagota.es](http://www.gotaagota.es)**